

A este fin hizo aplicar pena de muerte al impostor Mario, que publicaba haber vuelto á Roma para ser vengador de la muerte de César, con cuyo carácter se había ya distinguido á la cabeza del populacho. Los tumultos é incendios que ocurrieron en el funeral de César, obra de éste fueron, y su temeridad infundió gran terror al Senado, al cual aseguraba que lo había de destruir. Cuando Antonio hubo sacado de él todo el fruto que necesitaba, le echó de la ciudad con todos sus partidarios y después le hizo ahorcar y mandó que su cuerpo fuese arrastrado por las calles. Esta nueva afectación dió algunas esperanzas á los republicanos, y Bruto y Casio se dejaron engañar de tal modo, que habiendo tenido una entrevista con él, quedaron muy pagados de sus buenas intenciones.

Antonio con esta conducta esperaba entretener el tiempo para que no tomasen resoluciones vigorosas ni partiesen de Italia y se apoderasen de algunas provincias donde hallaran tropas y dinero. Por lo respectivo á Cicerón, pretendiendo también deslumbrarle, le escribió una carta muy astuta pidiéndole consintiese en que se levantase el destierro á Sexto Clodio, pariente de Publio y principal ejecutor de sus furiosos hechos. Antonio, que se había casado con la viuda de Publio, era tutor de su hijo y cuidaba de toda aquella familia, tenía bastante motivo para interesarse á favor de Sexto. En su carta decía que sin embargo de haber obtenido de César el perdón de Sexto, no usaría de esta gracia sin la venia de Cicerón. Que quería tener esta deferencia con él, aunque por otra parte estaba obligado á sostener las resoluciones de César. Que el jóven Publio le agradecería este acto de bondad, con el cual probaría que no era su ánimo comprender en la venganza á los amigos de su padre. «Yo me encargo, prosigue, de inspirar en el corazón de este muchacho la máxima de que

las enemistades no se deben perpetuar en las familias. Aunque es cierto que tu situación es superior á todo peligro, debes considerar que una quietud segura y honrosa es preferible en la vejez á las agitaciones que pueden sobrevenir. Por último, creo tener derecho á pedirte este favor, pues yo por mi parte nunca he dejado de hacer cosa que me hayas pedido. Pero si me lo negares, no protegeré más á Sexto, para convencerte de lo conforme que estoy con tu voluntad, esperando que esto mismo aplacará tu resentimiento».

Cicerón condescendió al instante, y remitiendo á Atico copia de la carta de Antonio, le dice «que por ella conocería que lo atrevido, indecoroso y pernicioso de sus intentos hacía que al parecer se debiese ya sentir la falta de César. Lo que éste jamás hubiese hecho ni permitido, se publica falsamente como disposiciones suyas, suponiendo se hallan escritas en sus registros». No obstante, respondió á Antonio en términos muy comedidos, considerando que la conducta que afectaba hasta entonces merecía alguna condescendencia y que, según la confusión en que estaban los negocios, era preciso observar con él la apariencia á lo menos de la amistad que hasta entonces, esperando llegase la ocasión de tratarle como enemigo público.

Antonio le contestó con otra carta menos expresiva que la primera, disgustado sin duda de que ya se comenzase á sospechar de su conducta. Le dice en ella solamente que le agradecía su clemencia y bondad, de la que no tendría motivo de arrepentirse.

La hermosa Cleopatra, reina de Egipto, se hallaba en Roma cuando mataron á César, y fué tanto el terror que le causaron este suceso y los tumultos consecutivos, que huyó de la ciudad precipitadamente. Estaba hospedada en casa del mismo César y tenía tal ascendiente sobre él, que su arrogancia era insoportable á los

romanos, pues les trataba con la misma soberbia que á sus egipcios y como á siervos de un amo á quien ella mandaba.

Cicerón tuvo con esta princesa un coloquio en el jardín de César, y quedó escandalizado de su altivez. Ella le prometió algunos regalos de cosas conformes á su carácter y gusto, lo que lisonjeó mucho el amor propio de Cicerón, y por lo mismo se disgustó infinito cuando vió que no le cumplía la palabra. Aunque no sabemos qué regalos eran, se puede inferir de algunas expresiones de sus cartas que consistían en estatuas y otras curiosidades de Egipto para adorno de su biblioteca.

Con el cambio de negocios bajó tanto la altivez de aquella reina, que se vió precisada á implorar el patrocinio de Cicerón por medio de sus ministros, para sostener en el Senado algunas pretensiones que le importaban mucho; mas Cicerón se negó á hacerlo. Según parece, se trataba de un hijo que ella decía tener de César, á quien por eso hacía llamar Cesarión, y quería que el Senado le reconociese por tal, declarándole heredero de la corona, como después le declararon Octavio y Antonio, con grande escándalo de todos los apasionados de César y en especial de Opio, quien escribió una obra para probar que aquel niño no podía ser hijo de quien ella suponía.

Cleopatra se había detenido en Roma para acompañar á César en el viaje que proyectaba hacer al Oriente, y el poder que conservaba sobre su corazón era tal, que dió César al tribuno Helvio Cinna una ley redactada para publicarla cuando hubiese partido, por la cual se concedía facultad al mismo César para casarse con cuantas mujeres quisiera, de cualquiera condición que fuesen, para poder tener hijos. Esta ley tenía, sin duda, por objeto salvar el honor de Cleopatra y legitimar su hijo, porque la poligamia y el matrimonio con mujer

extranjera estaban prohibidos por las leyes de Roma.

Todas estas circunstancias, esparcidas con mucha confusión, se hallan en las cartas á Atico. «No me pesa, dice, que la reina se haya visto precisada á partir... Quisiera me dijese si lo que me escribiste de Cleopatra y del hijo de César se confirma .. Aborrezco á la reina, y Amonio sabe que para ello tengo razón, pues me aseguró que ella me cumpliría lo que me había prometido, tanto más que se trataba de cosas correspondientes á un literato, que yo podía recibir con decencia; de modo que si fuese menester diría las que son en público. En cuanto á Sara, le conozco por un mal hombre, y yo mismo he experimentado su insolencia. Una sola vez le he visto en mi casa, y habiéndole preguntado cortésmente qué se le ofrecía, me respondió que buscaba á Atico. No puedo recordar sin resentimiento la soberbia con que la tal reina me trató cuando la vi en el jardín de Transtíver, y así no quiero nada con tales gentes que deben de creer soy tan apocado que ni aun tengo valor para enfadarme».

Habiendo ordenado Antonio sus proyectos lo mejor que entonces le era posible, declaró que se reuniría el Senado el día primero de Junio, y en el intermedio dió una vuelta por casi toda Italia con el fin de ganar gente, y sobre todo atraerse los veteranos, haciendo la revista de sus cuarteles. Entretanto dejó el gobierno de la ciudad á Dolabela, que era cónsul con él desde que César dejó aquel cargo. Antonio se opuso al principio á su nombramiento, pero después de la muerte de César se reconcilió con él y le permitió fuese cónsul, reconociéndole como tal desde la primera vez que se reunió el Senado.

Cicerón conocía bien á su yerno y tenía muy mala opinión de sus principios y conducta; sin embargo, había vivido siempre en muy buena inteligencia con él,



y viéndole entonces en situación de ser muy útil á los intereses de la república, procuró estrecharse más con él para ganar su confianza. La ausencia de Antonio era favorable en aquella coyuntura, y Dolabela se portó de modo que confirmó aquellas esperanzas. Luego que su colega se ausentó de Roma, procuró ganar la estimación de los hombres de bien usando del rigor de las leyes contra los perturbadores de la pública tranquilidad. El populacho, á quien capitaneaba el impostor Mario, había erigido en el sitio del Foro, donde fué quemado el cadáver de César, una columna como de veinte pies de altura, de mármol africano con esta inscripción: *Al padre de la patria*. En ella hacía continuos sacrificios según las ceremonias de su religión, y este nuevo culto iba tomando crédito de modo que podía turbar la quietud y seguridad de Roma, porque sucedía muchas veces que la muchedumbre de gentes que se juntaban para dichos sacrificios se enardecía tanto, que corría furiosa por las calles cometiendo infinitas violencias y ultrajes contra los que juzgaba enemigos de César.

Dolabela cortó de raíz este desorden; demolió la columna y el altar y castigó de muerte á los que hizo prender en el movimiento sedicioso. Los hombres libres fueron arrojados desde la roca Tarpeya y los esclavos crucificados. Todos alabaron la entereza del cónsul, aplaudiéndole en su casa y en los teatros.

Cicerón la celebró en extremo, y á él mismo resultó de ella mucha gloria, porque todos atribuyeron á sus consejos la determinación de Dolabela. Al instante manifestó su satisfacción á su amigo Atico, escribiéndole: «¡Qué acción tan excelente la de mi querido Dolabela, y le llamo querido, nombre que hasta ahora dudaba darle! Servirá de grande ejemplo, pues verdaderamente es heroico precipitar á unos, crucificar á otros y demoler aquella execrable columna. Con esto ha exterminado

las apariencias de pesar y luto (por la muerte de César), que iban creciendo poco á poco y que al fin hubieran sido fatales á nuestros insignes tiranicidas. Voy, pues, entrando en tu dictamen, y concibo mejores esperanzas!»

En otra carta dice: «Admiro la hazaña de mi Dolabela. Su ejemplo vale infinito, y así, no ceso de alabarle y animarle... Estoy en que nuestro Bruto podría ya pasarse por medio de Roma con una corona de oro; pues ¿quién se atrevería á insultarle teniendo á la vista el suplicio de la cruz y la roca, mayormente cuando aun el ínfimo vulgo aplaude y aprueba esta ejecución?»

A Dolabela escribió también la carta siguiente desde Baya :

*«Cicerón á Dolabela, cónsul.»*

»Aunque la gloria que has adquirido, mi amado Dolabela, me tenía gozoso y lleno de satisfacción, no puedo menos de confesar se me ha aumentado infinito el gusto al ver que la opinión pública me atribuye alguna parte en el mérito de tus grandes acciones. Cuantos me vienen á ver (y vienen muchos diariamente, unos de los lugares circunvecinos y otros con motivo de los baños, por amistad que me profesan), todos te ensalzan hasta las nubes, dándome gracias por lo que ejecutas. Creen que por mis consejos é instrucciones te muestras tan buen ciudadano y excelente cónsul, y aunque yo faltaría á la verdad si no dijese que cuanto haces lo haces por tí mismo y sin que necesites que nadie te lo sugiera, suelo responder con cierta ambigüedad, de forma que sin hacerte la injusticia de atribuir todo el honor de tus acciones á mis consejos, doy á entender que tengo alguna parte en él, pues soy, como tú sabes, acaso demasiado ambicioso de fama.

»Por otra parte, no creo desdiga de tu dignidad lo que fué decoroso á Agamenón, rey de reyes, que es tener un Nestor con quien aconsejarte, y para mí nada será tan glorioso como que pase por alumno mío un cónsul que se ha hecho merecedor de tanto elogio.

»En Nápoles visité á Lucio César, que estaba enfermo, y aunque le fatigaban los dolores de un reumatismo general, antes de corresponder á mi saludo exclamó: ¡Ah Cicerón mío! Mil enhorabuenas te doy por lo que puedes con Dolabela. Si yo pudiese tanto con el hijo de mi hermano, ya no tendríamos que temer. Te pido que de mi parte congratules á Dolabela y le des gracias. Después de ti, él es el único que se puede llamar verdaderamente cónsul. Luego me habló de la acción y de cómo había pasado, y concluyó diciendo que jamás se había hecho cosa más bella, más grande ni más útil á la república, sin que sobre ello haya diversidad de pareceres.

»Te ruego, pues, no lloves á mal que yo tenga alguna parte en las alabanzas que te tributan todos y que goce, aunque bajo un título prestado, de una gloria que es toda tuya.

»Pero hablando seriamente, amado Dolabela, te aseguro que si yo he adquirido alguna reputación en el mundo, quisiera más poderla transferir toda en ti que defraudarte en lo más mínimo de la que has ganado. No ignoras el amor que siempre te tuve; pero lo que acabas de hacer me lo ha inflamado de manera, que no creo se haya dado jamás otro tan ardiente; y esto porque no hay cosa tan bella, amable y atractiva como la virtud.

»No ignoras que yo siempre amé á Bruto por la elevación de su espíritu, la dulzura de su genio y aquella inalterable probidad y constancia; y con todo eso, después de los idus de Marzo ha crecido tanto mi amor,

que á mí propio me admira haya podido tener tan grande incremento. Tampoco creía yo pudiese crecer el que á ti te profesaba, y al presente conozco que si te quise antes, ahora te amo.

»Sería ocioso que yo te exhortase á tener cuenta con tu dignidad y tu gloria. Sí quisiera, como hacen todos los exhortadores, traerte el ejemplo de algunos varones ilustres; ¿quién hallaría que lo fuese más que tú? Sólo es menester que te imites á ti propio y que compitas contigo mismo, ya que después de acción tan esplendorosa no te queda libertad para ir á menos. Sobran, pues, para contigo las exhortaciones, y solamente vendrán á propósito las enhorabuenas de que hayas logrado, sin que tenga ejemplo, que la severidad y el rigor te granjeen la benevolencia pública; y que en vez de hacerte odioso hayas adquirido la aprobación, no sólo de los hombres de bien, sino de la ínfima plebe. Aun cuando lo debieses al acaso me alegraría de tu fortuna, pero este suceso no se puede atribuir sino á tu valor, á tu espíritu y á tu prudencia. He leído tu discurso al pueblo y le hallo sumamente oportuno, pues paso á paso y con tal habilidad entras y sales en lo que te correspondía hacer respecto á la causa, que insensiblemente logras persuadir era necesario no perder un instante en el castigo de tales atrevimientos. En fin, has librado á Roma de peligro y de temor á los ciudadanos, sin que la utilidad de tu hazaña se limite al tiempo presente, pues servirá de ejemplo para lo futuro. Piensa ahora que tú eres el apoyo de la república y que te corresponde, no solamente defenderla, sino también tratar con distinción á aquellos á quienes debemos los primeros principios de nuestra libertad. Espero verte dentro de pocos días, y entonces te hablaré de otras muchas cosas. Entretanto, amado Dolabela, ya que te debemos la conservación de la república y la

nuestra, te rogamos procures también conservarte. Adiós».

Cicerón pensaba emplear el tiempo que había de estar fuera de Roma en hacer un viaje á Grecia para ver á su hijo, cuya conducta le daba mucho que sentir y pedía su presencia para remediarla; pero las esperanzas que concibió de su yerno Dolabela, cónsul entonces, y la alegría de ver un jefe de la república armado de la autoridad civil, que era el único apoyo que faltaba al partido de la libertad, le hizo suspender el viaje hasta después de celebrada la reunión del Senado en 1.º de Junio, para que no interpretasen su ausencia por desertión. Estaba, además, determinado á no partir de Italia hasta poderlo hacer sin sospecha y sin que se disgustase Bruto, á quien quería asistir á todo trance.

Su modo de pensar y el partido que había tomado no impedían á Cicerón seguir cultivando la amistad de los partidarios de César, como Pansa, Hircio, Balbo, Marcio, etc., que continuaban siendo sus amigos, pero se les conocía fácilmente que la muerte de su amo había alterado mucho su confianza, pues aunque procuraban disimular su enojo, descubrían, sin quererlo, que sólo respiraban venganza.

Hircio y Pansa estaban designados cónsules para el año siguiente, y como las actas de César habían sido ratificadas por el Senado, nada podía impedirles el derecho que tenían á aquella dignidad. Bruto y Casio, que conocían la importancia de atraerlos, si era posible, al partido de la república, hacían continuas instancias á Cicerón para que con toda su habilidad les procurase persuadir, sobre todo á Hircio, que era el más sospechoso. Cicerón, según parece, tenía pocas esperanzas de ganarles, pues decía á Atico que todos ellos temían mucho más la paz que la guerra, deploraban sin cesar la pérdida de su amo, miraban su muerte como la

ruina del imperio. y creían que su demasiada bondad y clemencia le habían perdido, pues sin ellas, sus enemigos no hubieran osado hacer lo que hicieron. Por lo tocante á Hircio, dice «ama entrañablemente al que Bruto dió de puñaladas... Tú quieres que yo le haga mudar de dictamen y lo procuro por todos los medios posibles. Habla muy bien; pero vive siempre y habita con Balbo, que habla lo mismo. Tú verás lo que has de creer de uno y otro».

Entre todos los partidarios de César, el más fanático era Macio, á quien Cicerón miraba como el enemigo más irreconciliable de la libertad. Pasando cerca de su casa de campo, cuando partió de Roma, le hizo una visita y le halló en increíble agitación, entregado á la más negra melancolía y pronosticando guerra y desolación como consecuencias infalibles de la muerte de César.

Entre otras muchas cosas de que hablaron, le contó Macio que César solía decir, refiriéndose á Bruto, que ninguna de sus cosas podía ser indiferente, porque cuanto quería lo quería demasiado, como lo advirtió el mismo César al ver la vehemencia y libertad con que le habló por el rey Deyotaro en Niza. Y añadió Macio que, cuando Cicerón fué á hablar á César de un asunto de Sextio y estuvo sentado en la antesala esperando le llamase, dijo el mismo César: «¿Cómo es posible dudar del odio que me tienen, cuando Marco Cicerón se ve obligado á esperarme y le es difícil lograr mi audiencia? Si alguno fuera capaz de disimularlo, sería él; pero estoy seguro de que también me aborrece».

No obstante, los amigos más celosos de César tenían muchas razones para contemplar á Cicerón y conservar con él la misma buena correspondencia que siempre habían tenido; pues si por ventura el partido republicano quedaba victorioso, ninguno como él era capaz de defenderlos y sostenerlos con su protección; y si las in-

trigas de Antonio resucitaban la tiranía, sólo Cicerón podía también defenderlos y sostenerlos contra un tirano tan peligroso. En caso de verse forzados á tener nuevo señor, deseaban, por la memoria de César, lo fuese Octavio, su sobrino y heredero. Con estos principios Hircio y Pansa mantuvieron constantemente su amistad con Cicerón. Pasaron en su compañía la mayor parte de aquel verano en el campo y le aseguraron que, sin su consejo, nada harían mientras fuesen consules. Cicerón desconfiaba algo de Hircio, pero á Pansa le creía sincero.

Bruto y Casio continuaban viviendo retirados cerca de Lanuvio, y varias veces iban á pasar algunos días á una casa de Cicerón llamada Astura, que estaba cerca de Lanuvio. Su perplejidad era siempre grande y esperaban resolverse conforme á los acontecimientos. Dudando el partido que tomarían los cónsules nuevos, querían ver en qué paraban las cosas, después de la primera vez que se reuniese el Senado. Aunque su situación no les permitía ejercitar las funciones de sus preturas, procuraban refrescar en el pueblo la memoria de sus servicios con varios edictos en que manifestaban su amor á la patria y su celo por la paz y la libertad. Protestaban que no darían el menor motivo de guerra civil, y que si para conseguir la libertad pública era menester que viviessen en destierro perpetuo, estaban prontos á hacer este sacrificio voluntariamente. Su última determinación era ir á Roma para el 1.º de Junio, sentarse en sus puestos en el Senado si las circunstancias lo permitían, y si no presentarse en el Foro, subir á la tribuna de los Rostros y probar la inclinación y afecto del pueblo con el discurso que Bruto había compuesto con mucho cuidado.

Comunicaron este proyecto á Cicerón, enviándole copia de la oración que Bruto pronunció en el Capitolio

el día de la muerte de César, y le rogaron la corrigiese para poder publicarla.

El juicio que formó Cicerón se conserva en una carta á Atico, donde le dice: «La oración de Bruto es un modelo de elegancia por el estilo y por los pensamientos; pero si yo la hubiese compuesto, habría procurado darla un poco más de calor. Tú conoces el carácter que debía representar, y así no puedo corregirla. Según la idea que él tiene de la perfección en el arte oratorio, su oración se puede llamar perfecta; pero mi gusto es totalmente diverso, sin que yo quiera defender ahora que sea bueno ó malo. Lee tú esa obra, si ya no la has leído, y dime tu parecer. Tu nombre me hace recelar que estarás á favor del estilo ático; pero si te acuerdas de la vehemencia de Demóstenes, convendrás conmigo en que se puede muy bien juntar la energía con la elegancia ática».

En efecto, tampoco gustó á Atico la referida arenga, porque la halló demasiado varia y lánguida para tan grande ocasión, y así rogó á Cicerón compusiese otra que publicarían bajo el nombre de Bruto; pero no quiso hacerlo, por no ofender á aquel amigo.

En otra carta á Atico sobre este asunto le dice: «Piensas que voy errado en poner toda la esperanza de a república en Bruto, pero no lo dudes. Ó no puede salvarse, ó la han de salvar él y sus compañeros. En cuanto á la oración que me pides haga por él, te diré, amado Atico, que según mi larga experiencia, no hay orador ni poeta que se crea inferior á otro. Si esto sucede con los adocenados, ¿qué sera con Bruto, que tiene mucho ingenio y doctrina? Ya lo hemos experimentado con su edicto. Á tu instancia compuse yo otro que me pareció mejor, pero él dió siempre la preferencia al suyo. Aun cuando le dirigí el tratado que compuse, casi á su solicitud, sobre el mejor género de oratoria, me escribió,

y aun á ti también, que no era de su gusto lo que yo aprobaba... Sea cual fuere su oración, ojalá que se la dejen pronunciar, y si consigue estar seguro en Roma, démonos por vencedores».

En este tiempo se presentó en el teatro de Roma un nuevo actor que hasta entonces había vivido en la obscuridad, pero que desde sus primeros pasos hizo el principal papel y fijó la atención de todo el mundo. Este era el joven Octavio, á quien César, su tío, había nombrado heredero de su nombre y sus riquezas. Pocos meses antes le envió á estudiar á Apolonia, célebre escuela de Macedonia, mientras él se preparaba para la expedición contra los Partos, á la que quería que le acompañase; pero apenas supo la primera noticia de la muerte de su tío se encaminó á Italia con el fin de probar fortuna, ayudado del crédito de su nombre y de los amigos del difunto. Llegó á Nápoles el 18 de Abril, y Balbo, Hircio y Pansa le presentaron á Cicerón. Lleno aquel joven de respeto á varón tan grande, se le manifestó con todas las demostraciones posibles, asegurándole quería gobernarse enteramente por sus consejos.

La única solicitud que manifestó por entonces fué la de ponerse en posesión de la herencia de su tío. Esta empresa pareció muy escabrosa para un joven de diez y ocho años, porque los republicanos temían que, entrando en posesión de la herencia, querría también apoderarse de la autoridad. Antonio tenía aún mayores miedos, porque pretendía la misma herencia, de la cual ya se había apropiado una buena parte y además temía que aquellas riquezas sirviesen para deprimir su autoridad.

Filipo y su mujer, recelosos de que sucediese alguna desgracia á Octavio, querían suspendiese por algún tiempo la ejecución de sus ideas á fin de no alarmar á

ninguno de los dos partidos, hasta ver más claro por quién estaba la fortuna; pero aquel joven, que tenía pensamientos más altos, respondió: «que no podía sin infamia confesarse indigno de un nombre de que César le había reputado merecedor». Los aduladores que le rodeaban le sugerían se diese prisa en asegurarse del afecto de los ciudadanos y de las tropas, antes que sus enemigos pudiesen hallarse en disposición de oponérsele; y estas insinuaciones le dieron tanta impaciencia de verse en Roma, que ni la prudencia ni el temor bastaron á detenerle.

Cicerón escribió sobre esto á Atico: «Octavio está aún aquí con nosotros y me muestra la misma amistad y consideración. Sus criados y familiares le llaman ya César, pero Filipo no; y yo sigo su ejemplo. Tengo por imposible sea jamás buen ciudadano, rodeándole gentes que amenazan de muerte á nuestros amigos y dicen que su hecho no puede quedar así. Considera lo que hará este joven cuando se vea en Roma, donde nuestros libertadores no se atreven á parecer. No por esto serán menos célebres y menos felices, porque les quedará siempre la fama de su acción y la satisfacción interna de su virtud. ¡Cuándo podré yo retirarme adonde ni siquiera oiga hablar de estos Pelópidas!»

Luego que Octavio llegó á Roma, fué presentado al pueblo por uno de los tribunos é hizo un discurso muy elocuente desde la tribuna, que hacía muchos días servía únicamente á los enemigos de Bruto: «Acuérdate, escribía Cicerón á Atico de lo que te dije sobre el abuso que se ha introducido de hacer al pueblo esta especie de perniciosas arengas, con las cuales nuestros héroes, ó más bien nuestros dioses, aunque lleven consigo inmortal gloria, no será sin persecución ni sin peligro. Ellos, no obstante, se consolarán con el recuerdo de su acción grande y clarísima. ¡Pero qué haremos nosotros

á quienes la muerte del que se erigió en rey no ha dado libertad? Decida la fortuna, que ya la razón es inútil».

El discurso de Octavio fué acompañado con otros medios más eficaces para agradar y conmover al pueblo; esto es, con fiestas y espectáculos en memoria de su tío, aprovechando los preparativos hechos anteriormente, porque los encargados de tales fiestas no se atrevieron á darlas y Octavio sí, en calidad de heredero. En ellas expuso siempre á la vista la silla de oro, que era uno de los honores concedidos á César, y la hizo colocar en el teatro y en el circo como si él estuviera presente. Los tribunos mandaron quitarla, y su resolución fué muy aplaudida por los caballeros. Atico comunicó esta noticia á Cicerón, que la celebró mucho, pero su penetración le hizo observar que la conducta de Octavio se dirigía á hacer resucitar las disputas anteriores y á vengar la muerte de César.

También le disgustó mucho que Macio fuese el comisionado para dirigir las fiestas, porque esto le confirmaba en el juicio que había formado de su conducta y de que sería uno de los más peligrosos consejeros de Octavio y tal cual le había pintado á Bruto. Sabedor Macio de estas desconfianzas, se quejó de ellas á Trebacio, amigo suyo y de Cicerón, lo que dió motivo á éste para escribirle una carta justificándose.

Macio le contestó con otra que se estima, con razón, por la belleza del estilo y aun mucho más por habernos conservado la noticia y el carácter de un romano de superior mérito, que vivió en la más íntima confianza y amistad de César.

Cicerón procura persuadir á Macio que nada había ejecutado ni dicho en que faltase á las leyes más rigurosas de la amistad. Para dar más peso á su apología, empieza confesando los muchos favores y atenciones que había recibido de Macio en tiempo de su mayor

privanza con César, y cuando llega á tocar el punto de su justificación, lo ejecuta con infinita delicadeza, citándose á reflexiones generales. Dice que como su estado y dignidad le hacen tan visible, no se admira de que su conducta sea muchas veces interpretada sinies-tramente: «A ti, que eres hombre de instrucción y juicio, prosigue, no se te puede ocultar que si César se hizo rey, según á mí me lo parece, fué problemática tu conducta. Unos elogian, como yo lo hago, tu amor y fidelidad á un amigo, aun después de muerto, y otros insisten en que debiste anteponer la libertad de la patria á la vida del amigo. ¡Cuánto celebraría yo que te hubiesen informado con sencillez de mis discusiones!, particularmente de las que he tenido sobre dos artículos de que nadie hace memoria con tanta franqueza y libertad como yo; á saber, que de todos los amigos de César, tú fuiste el que más trabajó porque no estallase la guerra civil, y, después de estallar, porque hubiese moderación en la victoria. No hay quien no convenga en esto conmigo»...

La respuesta de Macio es como sigue:

*«Macio á M. T. Cicerón.*

»Me satisface ver por tu carta que tienes de mí la opinión que siempre he deseado tuvieses y he creído merecer, y aunque yo no la dudaba, lo mucho que la estimo hacía me afanase por conservarla ilesa. Mi conciencia me aseguraba no haber hecho cosa que pudiese ofender á ningún hombre de bien, y, por consiguiente, juzgaba que nadie lograría persuadir lo contrario á un sujeto tan instruído y cuerdo como tú, y más tratándose de un amigo que siempre te ha profesado singular benevolencia. Ahora, pues, estando seguro de ti, responderé á las acusaciones de que con tanta bon-

dad y amistad me has defendido muchas veces. No ignoro las indicaciones que, después de la muerte de César, me hacen algunos. Me culpan de que me haya sido sencillísima la pérdida de un amigo y que me haya indignado la muerte que se le dió. Dicen que la patria se debe anteponer á la amistad, como si ya nos hubiesen convencido de que la muerte de César fué útil á la república.

»Responderé sin sutilezas, pues no tengo habilidad para usarlas. En las pasadas discusiones civiles yo no seguí á César; lo que hice fué no faltar al amigo, por más aversión que tuviese á su causa. Jamás aprobé la guerra civil ni el motivo de ella; antes la procuré ahogar al tiempo que nacía, y, por consiguiente, tampoco me he aprovechado de la victoria de mi amigo para aumentar honores y riquezas, cuando otros, que tenían con él menos intimidad, han abusado de aquella proporción. Aun puedo añadir que la ley de César, que me citas, ha perjudicado á mis intereses, al mismo tiempo que por beneficio de ella, muchos, que ahora celebran su muerte, existen en la ciudad.

»He solicitado el perdón de los vencidos con el mismo interés que si trabajase por mí. ¿Con qué cara, pues, pretenden que habiendo empleado mi valimiento para salvar á tantos, no haya de sentir yo la muerte de aquel que me lo concedía, y más viéndole asesinado por tan crueles enemigos que quieren por todos modos hacerle odioso? Dicen que pagaré muy cara la desaprobación de lo hecho. ¡Qué inaudita insolencia! ¿Ha de ser lícito á unos el gloriarse de una atrocidad y otros no han de poder, sin castigo, mostrar su dolor? Hasta ahora nadie ha prohibido, ni aun á los esclavos, el recelar, alegrarse ó afligirse según los afectos de su corazón; ¿y á nosotros ahora nos han de infundir terror de ejecutarlo aquellos que se arrogan el título de ven-

gadores de la libertad? Por lo respectivo á mí, nada lograrán con eso, porque no hay peligro ni terror que sea capaz de impedirme que cumpla con mi deber y mi ternura. Tengo por principio firme que una muerte honrada jamás debe ser temida, antes bien apetecida en muchas ocasiones. Dejen, pues, de acusarme de que deseo tengan motivo de arrepentirse de su acción, porque si esto es delito, yo me glorío de él, y lo que es más, deseo que el mundo entero llore la muerte de César.

»Dirán que como miembro de la sociedad civil debo interesarme en la seguridad de la república; pero si todas las acciones de mi vida pasada y las que se puedan esperar de mí en lo futuro no hacen patente, callando yo, mi sincero interés por el bien público, es inútil que me canse en probarlo con palabras. Te ruego encarecidamente que no juzgues por ellas, sino por las obras, y si piensas que conviene obrar bien, persuádate que nunca seré amigo de los que conozca por malvados. Si en mi primera juventud, cuando las faltas son más excusables, seguí estas máximas, ¿las abandonaré ahora que la edad va en decadencia? No por cierto; no haré cosa reprobable, y si soy capaz de ofender á alguno, será llorando el destino cruel del amigo más afectuoso y del hombre más ilustre. Si yo pensase de otra manera, lo confesaría; pues no quiero parecer atrevido para pecar, ni débil y cobarde para fingir.

»También me acusan de que acepté la dirección de las fiestas que el joven César ha dado para celebrar las victorias de su tío; pero esto nada tiene que ver con los negocios públicos, siendo un oficio privado que debí prestar á la memoria de un grande amigo aun después de muerto, y más pidiéndomelo un joven de tantas esperanzas y tan digno del tío que tuvo, como es Octavio.

»Hallan asimismo reprobable que yo visite con fre

cuencia al joven Antonio, siendo así que los mismos que lo murmuran, diciendo que soy poco amante de la patria, le visitan mucho más que yo para pedirle favores. ¿Puede haber mayor arrogancia que la de tales hombres, que cuando César nunca se mezcló en que yo tratase á quienes quería y aun á los mismos que él no amaba, ellos, que me privaron de mi amigo, pretendan poner coto hasta en los sentimientos de mi corazón? No lo conseguirán, y espero que mi moderada conducta logrará en adelante, no sólo desvanecer sus falsas imputaciones por mi constancia en amar á César, sino también que deseen tener amigos más semejantes á mí que á ellos. Si yo lograre lo que deseo, pasaré lo que me queda de vida tranquilamente en Rodas; pero si algún accidente me obligase á permanecer en Roma, procuraré siempre portarme bien. Quedo muy agradecido á nuestro amigo Trebacio por los informes que me dió de la voluntad sencilla y amistosa que me profesas, haciendo con esto que en adelante deba honrar y respetar á quien hasta ahora he estimado voluntariamente. Cuida de tu salud y consérvame tu afecto».

Antonio entretanto no se dormía y aprovechaba los instantes en adelantar sus proyectos con infinita sagacidad. En su viaje por Italia había reunido los soldados veteranos de César en sus cuarteles, y con magníficas promesas los había traído á su bando, haciendo avanzar hacia Roma un cuerpo considerable de ellos para lo que pudiese ocurrir. En la ciudad tomó también las precauciones conducentes á sus fines. Haciendo servir la autoridad del consulado para fortificar su poder, comenzó á manifestar cuáles habían sido sus miras cuando indujo al Senado á confirmar las actas de César con pretexto de mantener la paz; pues habiéndose apoderado de todos los papeles de César y de su secretario Faberio, de cuya mano se servía, siempre tenía facilidad

de forjar cuantos decretos quería y de insertar en los ya hechos tomos todo lo que convenía á sus pretensiones. Con este arbitrio vendía descaradamente inmunidades y privilegios á las ciudades, estados y príncipes que se los pedían y pagaban bien, suponiendo siempre que César les tenía destinados aquellos favores y que así lo hallaba en sus registros. Los hombres de bien se escandalizaban de tales osadías y lloraban las consecuencias; pero, por más que conociesen la gravedad del mal, no tenían fuerzas para remediarle, porque todo el poder estaba en manos de Antonio, habiéndose ellos mismos atado las suyas con su propio decreto.

Cicerón se queja amargamente de esto en muchas cartas, llegando á exclamar que la muerte era mil veces preferible á aquella indignidad. «¿Era esto, dice, lo que nos habíamos prometido? ¿El golpe de nuestro Bruto se reducirá á hacerle vivir escondido en Lanuvio? ¿Á que Trebonio no haya de poder ir á su provincia sino por caminos descarriados? ¿Á que los dichos, los escritos, las promesas y aun los pensamientos de César hayan de tener más fuerza después de su muerte que cuando vivía?» Todos estos desórdenes los atribuye al error cometido el primer día de no haber reunido el Senado en el Capitolio, como habría sido muy fácil á tiempo que su partido era el más fuerte y que todos aquellos bandidos estaban dispersos y condenados.

Entre la infinidad de actas que Antonio confirmó con pretexto de ejecutar los propósitos de César, concedió el derecho de ciudadanos de Roma á todos los sicilianos y restableció en su trono al rey Deyotaro. Cicerón se expresa sobre esto con mucha indignación. «Voy viendo, dice á Atico, que el único bien que sacaremos de los idus de Marzo, será el gusto de habernos vengado de un hombre que por tantos títulos debíamos aborrecer. Todo lo que de allá se nos dice, todo lo que

veo aquí me advierte que la acción fué grande, pero imperfecta. Tú sabes lo bien que yo quiero á los sicilianos y que me glorío de ser su protector. César les concedió diferentes gracias sin disgusto mío, aunque alguna fuese excesiva, como la del derecho de pueblos latinos; pero esto es nada en comparación de lo que acaba de hacer Antonio, sobornado á fuerza de dinero, pues ha publicado una ley que supone hizo César y aprobó el pueblo en que se concede á los Sicilianos la ciudadanía de Roma, siendo así que, mientras él vivió, no se le oyó hablar de tal cosa. Lo propio digo de nuestro Deyotaro, que merece conseguir muchos reinos, pero yo quisiera no fuese por medio de Fulvia. A este tenor hay otras mil cosas».

Cuando esta última ley pareció fijada en las esquinas del Capitolio, según costumbre, el pueblo no pudo contener la risa y la murmuración, porque nadie ignoraba que aborreciendo César á Deyotaro, no le concedería fácilmente tan grandes favores, y era público que los ministros de aquel príncipe habían concluido el ajuste en el cuarto de Fulvia por cuatro millones de reales, sin consultar ni dar parte de ello á Cicerón ni á los demás amigos de su amo. Éste en el ínterin recobró su reino con la fuerza de las armas, luego que tuvo noticia de la muerte de César. «Sabía, dice Cicerón, que la justicia natural da derecho para recobrar cuando se puede los bienes perdidos por la violencia del tirano... Se ha portado como hombre de valor, y nosotros somos muy despreciables al sostener las actas del mismo que aborrecemos». Con estos arbitrios recogió Antonio sumas inmensas. Cuando mataron á César debía más de millón y medio de duros, y en dos semanas pagó á todos sus acreedores.

Aun hizo otra cosa mucho más atrevida, pues habiendo dejado César en el templo de Opis unos cuatro-

cientos millones de reales con destino á las urgencias extraordinarias del Estado y cerca de otros cien millones de su mujer Calpurnia, Antonio se apoderó de todo este caudal. No parecerá exorbitante tal suma si se considera la gran mina de donde salía, esto es, la inmensa extensión del imperio romano, y que César era el más ávido de los hombres para el pillaje. Cicerón, aludiendo á la manera como se había reunido aquel tesoro, le llama dinero funesto que debía ser restituído á sus dueños, y, de lo contrario, descontarle de los tributos.

Antonio, como era natural, se sirvió de él para levantar tropas y ponerse, como lo hizo, en estado de imponer la ley á todos los demás concurrentes; sin ser éste el único provecho que sacó de su hurto. Dolabela estaba plagado de deudas y se las pagó, prometiéndole además darle parte en los despojos del imperio á condición de que rompiese con su suegro Cicerón y se apartase de él, abandonando el partido de la república. Esta adquisición le era muy importante, porque ya empezaba á notar que la ciudad y las provincias se iban declarando contra él. Puzolo, una de las principales ciudades de Italia, había escogido por sus patronos á Bruto y á Casio, y veía que todo el imperio solamente esperaba que alguno se pusiese á su cabeza para armarse en favor de la libertad. Parecía que Dolabela era el más á propósito para ocupar aquel glorioso puesto, pero ganado por el dinero de Antonio, no solamente abandonó el partido republicano, sino que hizo cuanto pudo para trastornar la república.

Bruto, al ver todos los preparativos que iban disponiendo antes de que llegase el día en que debía reunirse el Senado, comenzó á abrir los ojos y á arrepentirse de su error por haber pensado favorablemente de Antonio. Conoció que nada bueno había que esperar de él

ni de la mayor parte de los senadores, y así, de concierto con Casio, determinó pedir á Antonio una explicación por medio de la carta siguiente:

*«Bruto y Casio, pretores, á Marco Antonio, cónsul.»*

»Si no viviésemos persuadidos de tu sinceridad y buenas intenciones para con nosotros, no te escribiríamos esta carta; pero estando tan bien dispuesto en nuestro favor, no lo llevarás á mal. Nos avisan que ya se han reunido en Roma gran multitud de veteranos y que vendrán muchos más antes de primero de Junio. No seríamos quienes somos si por esto desconfiásemos de ti ó nos entrase temor; pero ciertamente, habiéndonos puesto en tus manos tan de buena fe, despidiendo por consejo tuyo á tantos amigos como se nos vinieron á ofrecer de todas las grandes ciudades, mereceríamos que no nos ocultases tus intenciones, particularmente en un negocio que nos interesa tanto. Te pedimos, pues, que nos declares lo que piensas ejecutar con respecto á nosotros y si juzgas que estaremos sin peligro en medio de esa turba de veteranos que, según dicen, piensan restablecer el ara de César. Esto sería tan contrario á nuestra seguridad y honor, que nadie aprobará se haga con tu consentimiento.

»Nuestra conducta prueba claramente que nosotros nunca hemos tenido más miras que la de la paz y la libertad. Nadie nos puede engañar sino tú (cosa muy ajena de tu fidelidad y honradez), ni tiene medios de hacerlo, siendo tú el único de quien nos hemos fiado.

»Nuestros amigos están muy temerosos de lo que podrá sucedernos, pues aunque viven seguros de tu buena fe, conocen que á cualquier otro será más fácil impeler dichos veteranos á una violencia que á ti el evitarlo. Respóndenos claro á todo esto, pues el decir que

se han reunido ahí, sabiendo has de hacer algunas proposiciones á su favor en el Senado, es cosa de chanza que no satisface, puesto que no deben recelar ninguna oposición, estando seguros de que nosotros no la haremos. En lo demás, no dirá nadie que procedemos con demasiado deseo de vivir, cuando no puede sobrevenirnos mal ninguno que no lleve tras sí el trastorno y ruina general».

Mientras Cicerón estuvo en el campo, recibió continuas visitas de sus amigos, con los cuales hablaba y reflexionaba sobre los negocios públicos y el estado de la república. Con todo eso, tuvo tiempo para componer diversas obras de filosofía que por fortuna se han conservado. La más importante de ellas es el tratado *De la Naturaleza de los Dioses*, dividido en tres libros y dedicado á Bruto, en el cual reunió las opiniones de todos los filósofos que hasta entonces habían escrito sobre aquella materia. Compuso además otro libro titulado *De la Adivinación*, esto es, del conocimiento de las cosas futuras y de los diferentes modos con que los hombres pueden vaticinarlas, exponiendo cuanto en pro y en contra se había dicho de aquella ciencia. También escribió otro tratado, el *De la Vejez*, que publicó con el título de «Catón», porque este personaje hace de interlocutor principal, y dedicó la obra al más fiel de sus amigos, á su amado Atico, á quien poco después hizo otro regalo del propio género, pero mucho más precioso, por ser relativo al punto más constante y agradable de su vida, y fué el tratado *De la Amistad*.

Este mismo retiro de Cicerón produjo la obra que intituló *Del Hado*, cuyo asunto tomó de una conversación que tuvo con Hircio. Se cree que por aquel tiempo acabó también su traducción *Del Timeo*, famoso diálogo de Platón sobre la naturaleza del universo.

En medio de tan increíble laboriosidad, ocupaba

constantemente una parte de su tiempo en la composición de una obra que tenía comenzada algunos años antes. Esta era la *Historia de su tiempo y de su propia vida*, la cual quería intitular *Anécdota*, porque contenía muchas reflexiones libres sobre todos aquellos que habían abusado del poder para oprimir la república. Era su intención no publicar esta obra y comunicarla solamente á corto número de amigos escogidos. Atico le instaba continuamente á que la acabase, extendiéndola hasta el gobierno de César; pero él quería hacer de esta última parte una historia separada, en la cual pensaba probar que era justo dar muerte á los tiranos.

Dion Casio dice que acabada esta historia la selló y entregó á su hijo con orden de no abrirla ni publicarla hasta después de su muerte; pero como los sucesos posteriores no le permitieron volver á ver á su hijo, es muy probable que no sea cierto lo que Dion asegura y que la obra quedó incompleta, aunque habría alguna copia, porque Asconio en sus comentarios cita pasajes de ella.

Á fines de Mayo se encaminó Cicerón á Roma para asistir á la reunión del Senado en 1.º de Junio, y al paso que se acercaba á esta ciudad enfriábase su resolución de entrar en ella, porque oía que estaba llena de tropas; que Antonio hacía venir aún muchas más; que todas sus disposiciones eran de guerra y que había determinado hacer que el pueblo quitase á Décimo Bruto el gobierno de la Galia y se lo diese á él. Hircio le aconsejó que no pasara adelante; Varron le escribió que los veteranos hablaban terriblemente de todos los que no creían ser de su partido. Greceyo, en fin, le advirtió de parte de Casio que viviese alerta, porque se hablaba de ciertos soldados que debían pasar al Túscolo. Todas estas cosas le quitaron la gana de asistir al Senado y determinó alejarse de una ciudad donde había brillado

con los primeros honores y aun sufrido la servidumbre con bastante dignidad. La mayor parte de los senadores siguieron su ejemplo y se ausentaron, cediendo á las violencias de que se veían amenazados, y así dejaron el campo libre á los cónsules para que, con sus hechuras, hicieran cuantas leyes y decretos quisiesen.

Estas revoluciones avivaron en Cicerón las ganas que ya tenía mucho antes de ir á pasar algunos meses con su hijo en Atenas, entregándose á la quietud y al estudio; y como no esperaba nada bueno de aquellos cónsules, había determinado no volver á Roma hasta que mandaran sus sucesores, y esto en el caso de que se portasen de modo que pudiese concebir algunas buenas esperanzas. Pidió á Dolabela que le obtuviese una legación honoraria, para mayor comodidad y honor en el viaje, y á fin de no disgustar á Antonio, que se picaba fácilmente, le escribió también pidiéndole la misma gracia. Dolabela al instante le nombró su legado, lo que agradó muchísimo á Cicerón, porque aquel empleo no le daba sujeción ni nada que hacer, ni tenía tiempo limitado, con lo cual era dueño de ejecutar lo que le pareciere.

Los sucesos políticos tenían á Cicerón agitadoísimo y lleno de cuidados. Á fin de alejar de Italia á Bruto y á Casio, logró Marco Antonio que el Senado les diese el encargo de comprar trigo para la provisión de Roma, al uno en Asia y al otro en Sicilia. Ambos eran pretores y no podían ausentarse de Roma más de diez días; pero Antonio hizo que se les dispensase de esta obligación.

Por otra parte, legado Octavio á Roma, fué recibido dura y ásperamente por Antonio, el cual, en vez de atenderle como heredero de César y de facilitarle la posesión de la herencia de su tío, le trató con desprecio, como á joven sin experiencia, contradiciéndole en todas

sus pretensiones, y en especial en la del tribunado, que la inclinación del pueblo le prometía, en lugar de aquel Cinna que mataron en las exequias de César. Esta conducta de Antonio bastó para que todo el partido republicano pusiese en Octavio los ojos. Cicerón mudó el concepto que había formado de él, concibiendo mayores esperanzas al paso que las fuerzas de Antonio se iban haciendo más formidables.

Pero no por tales cuidados abandonaba un punto sus estudios, y para librarse de las visitas enfadosas, que continuamente le interrumpían sus tareas en Baya, se trasladó á su casa de Pompeya, donde comenzó el tratado de *Los Oficios*, para instrucción de su hijo. Compuso además un discurso acerca de la situación presente de los negocios públicos y lo envió á Atico, dejándole en libertad de publicarle ó suprimirle, según lo creyese á propósito. Al mismo tiempo trabajaba siempre algo en su historia secreta, y prometió á Atico acabarla y enviársela cuanto antes para que la cerrase bajo siete candados.

Á mitad del verano emprendió el viaje á Grecia, caminando muy despacio y comenzando durante él la composición de su tratado de *Los Tópicos*, esto es, del arte de hallar argumentos para toda clase de cuestiones. Es una especie de extracto de una obra de Aristóteles, y como no la tenía á mano, tuvo que fiarse de la memoria. Antes de llegar á Regio, ya había concluido este tratado.

En el mismo viaje notó que el prefacio del tercer libro de sus *Cuestiones académicas* era el mismo que había publicado al frente del tratado de *La Gloria*. Acostumbraba á tener compuestos y reservados varios prólogos sobre los objetos generales de sus estudios para aplicarlos, con algunas mutaciones, á cada obra que publicase, y en esta ocasión, luego que advirtió lo referido,

compuso otro proemio para dicho tratado de *La Gloria* (que se ha perdido después de conservarse hasta la invención de la imprenta) y lo envió á Atico, á fin de que lo pusiese en su ejemplar, en vez del que antes tenía.

Detenido en Siracusa, porque los vientos contrarios no le permitían continuar el viaje á Grecia, visitáronle los principales del país, dándole una noticia que acababa de llegar de Roma y que le sorprendió. Era que los negocios habían mudado enteramente; que no se hablaba sino de paz general; Antonio se había ablandado; desistía de su pretensión de la Galia; se sometía á la autoridad del Senado y quería reconciliarse con Bruto y Casio. Que se había escrito á todos los senadores una circular rogándoles no faltasen á la sesión del Senado que se celebraría el 1.º de Septiembre, y que no solamente echaban de menos á Cicerón, sino que le acusaban de que en aquellas circunstancias se hubiese ausentado. Estas noticias tan agradables le hicieron abandonar el proyecto de su viaje, y Atico le confirmó más y más en esta resolución, escribiéndole con la mayor instancia que volviese luego á Roma.

Emprendió, en efecto, su vuelta por el mismo camino que había llevado á la ida, y llegó á Velia el 17 de Agosto. Bruto, que se hallaba con su escuadra á tres millas de allí, apenas supo su llegada le fué á visitar para manifestarle la gran satisfacción que le causaba su retorno. Le dijo con ingenuidad que nunca había aprobado su viaje, y que si no se opuso á que lo hiciese fué por temor á dar consejos á un hombre tan grande y tan acreditado como él, pero que ya no podía menos de confesarle que su determinación de volver le salvaba de dos acusaciones: una, de la demasiada presteza con que desesperó de la república, abandonándola como una especie de deserción, y otra, de haber emprendido el viaje de Grecia por la vanidad de dejarse ver en los juegos

olímpicos. Cicerón no creyó deber justificarse de esto último, y en cuanto á lo primero, dice que su resolución merecía alguna excusa, considerando el deplorable estado en que se hallaban los negocios públicos; pero se confiesa agradecido á los vientos que le habían evitado aquel oprobio, y, haciendo oficio de buenos ciudadanos, le restituían al servicio de la patria.

Bruto le informó de lo que pasó en la reunión del Senado de 1.º de Agosto. Pisón se había distinguido en ella con un discurso honrado y valeroso, haciendo proposiciones tales á favor de la libertad, que ningún otro se atrevió á sostenerlas. Antonio propuso un edicto que no aprobó el Senado, antes le respondió de una manera que agradó mucho á Cicerón; pero éste conoció desde entonces lo poco que serviría su presencia, puesto que ni un solo senador había tenido ánimo para sostener á Pisón, quien cayó en tal desaliento, que no se atrevió á parecer el día siguiente en el Senado.

Llegó Cicerón á Roma á últimos de Agosto, siendo recibido con tantas demostraciones de alegría y halló tantos amigos por las calles, que le costó un día entero llegar desde la puerta de la ciudad á su casa. El Senado se reunió al día siguiente y Antonio le invitó en particular para que asistiese á él, pero se excusó con buen modo, pretextando estar algo indispuerto de resultas del viaje. Disgustó tanto á Antonio esta respuesta, por parecerle desaire personal, que ciego de enojo, le amenazó con arrasar su casa si no iba al instante al Senado; pero los amigos se interpusieron, haciéndole ver que ni aun á él mismo convenía aquella violencia.

La intención de Antonio era hacer se decretasen aquel día á César honores extraordinarios y establecer se le diese culto como á un dios. Cicerón, que lo sabía, previendo la inutilidad y aun el peligro de contradecirlo, resolvió no asistir al Senado, y, conociéndolo Anto-

no, deseaba por lo mismo forzarle á que fuese para hacerle despreciable en su propio partido, obligándole á aprobar el nuevo decreto; y si lo resistía, exponerle al odio y venganza de los veteranos. Cicerón evitó lo uno y lo otro no asistiendo, y el decreto pasó sin contradicción.

Se reunió el Senado al día siguiente sin que Antonio asistiese á él, con lo que Cicerón tuvo el campo libre para pronunciar el primero de aquellos famosos discursos que tienen el nombre de Filípicas, á imitación de los de Demóstenes, y el cual publicamos á continuación.